

MARGARITA SOLANO ABADÍA

SIN
MA
LE
TAS

The title 'SIN MALETAS' is rendered in a large, light gray, distressed font. The letters 'M', 'A', 'L', and 'E' are arranged in a 2x2 grid. In the center of the 'L' and 'E' is a pair of black footprints, each with a white, branching pattern inside, resembling roots or a map. The word 'TAS' is positioned below 'LE'.

Historias de refugiados
desde el exilio

Icono •

Sin maletas. Historias de refugiados desde el exilio es la primera investigación periodística sobre refugiados en el mundo nacida en América Latina. Busca crear conciencia sobre la migración forzada como un problema mundial y reconoce las contribuciones que los refugiados aportan a las sociedades en las que conviven. Con estas crónicas se quiere promover la tolerancia y la diversidad, así como conocer si los valores fundamentales de la protección de la vida y la defensa de los derechos humanos pueden librarse de los prejuicios cuando tocan a tu puerta.

Contenido

Prólogo	
Ni de aquí ni de allá	11
Por Olga Behar	
Los hijos del Congo	15
Por Agustina Grasso	
El afgano que marchó por sus hermanas	33
Por Maddalena Liccione	
En un lugar llamado Eritrea	47
Por Florencia Ángeles	
El cristo de marfil	57
Por Yabo Mora	
La batalla por Tymur	75
Por Modesto Frías	
Nueva York: exilio sin rostro político	85
Por Ximena Vélez	
El bibliotecario que rehusó matar	99
Por Luis Chaparro	
«Yo era Markos»	113
Por Margarita Solano Abadía	
Sinjar: las olvidadas de las montañas	135
Por Érika González	
Grecia: el limbo de los sueños rotos	147
Por Gabriela Benazar Acosta	

Prólogo

Ni de aquí ni de allá

Por Olga Behar

Tal vez el principal drama para los sesenta millones de desplazados que viven en tierra ajena, de los cuales solo la tercera parte ha logrado el estatus de refugiado, es que el desarraigo es un mal que no tiene cura.

Quienes han experimentado la tragedia de dejarlo todo, de dejarlos a todos y de tener que volver a comenzar —con frecuencia en entornos hostiles y con realidades estigmatizantes— pueden dar testimonio de cómo construir una nueva vida es a veces tan lacerante como afrontar la persecución, el abuso, la muerte de seres queridos.

Porque al esfuerzo y los peligros de salir corriendo, de tener que esconder su identidad, su vocación religiosa y hasta su profesión u oficio, hay que agregar dificultades como el asalto a los pocos bienes que han podido llevar consigo, el desconocimiento de costumbres e idiomas de las nuevas tierras y el desconcierto que produce la incertidumbre de conocer el presente pero no el futuro, ni siquiera el más próximo.

Sin embargo, como muchos seres humanos tienen esa gran capacidad de luchar por sus convicciones y de sobreponerse a lo imposible, si logran sobrevivir sabrán dar grandes lecciones de tolerancia, respeto, laboriosidad y, especialmente, de dignidad, en momentos en los que en el ámbito global a esta suerte de comunidades errantes las están persiguiendo y rechazando, debido al impacto de la violencia generada por grupos extremistas contra países de Occidente, particularmente los europeos.

Con *Sin maletas* se busca reconocer «las contribuciones que los refugiados aportan a las sociedades en las que conviven» y se toman como ejemplo las historias de nueve migrantes forzados, algunos de ellos solitarios en medio de mundos inexplorados y otros desafiando lo desconocido con sus parejas e hijos.

Todos ellos provienen de países donde los conflictos, las dictaduras, la opresión, hacen imposible la vida en democracia y el ejercicio de derechos mínimos, como el de la libertad de pensamiento y expresión. El Congo, Afganistán, Eritrea y Siria parecen realidades ajenas para el público hispanohablante al que llegarán estas letras.

Pero gracias a las plumas finas, las entrevistas en profundidad y la prosa cautivante de los periodistas Agustina Grasso, Maddalena Liccione, Florencia Ángeles, Yabo Mora, Modesto Frías, Ximena Vélez, Luis Chaparro, Margarita Solano, Érika González y Gabriela Benazar, que nos llevan a mundos inhóspitos, peligros frenéticos, desafíos vitales, podemos comprender de qué material están hechos Pascal Kamate Kavigha, Wali, Filemón, Souheil, Dymitro, Yanina y su hijo Tymur, y Essa Hassan, como para haber padecido la persecución en su tierra natal, haber vivido aventuras tan peligrosas en las rutas de escape y estar hoy no solo vivos, sino también reconciliados, casi todos, con la especie humana, que en sus lugares de acogida ha demostrado que siempre será posible empezar de nuevo y encontrar caminos de convivencia.

Hay también realidades que nos son mucho más cercanas, pero no por ello menos indignantes. La novel periodista Ximena Vélez, a quien tuve el privilegio de conocer y guiar durante sus estudios universitarios, nos lleva hasta Guatemala, donde Jorge, un diputado, se ve envuelto en la guerra civil, sin posibilidades de cumplir con su propósito de legislar para combatir la desigualdad y la opresión, y termina siendo un «alma política extraviada» en las calles de Manhattan, batallando por encontrar un norte en su destino y, sobre todo, para sus emociones.

Colombia, con un conflicto de más de sesenta años que ha dejado cerca de siete millones de desplazados, 300.000 muertos y desaparecidos, y una sociedad fraccionada y polarizada, es retratada a través de la historia de Markos por Margarita Solano, la compiladora de estas piezas y cronista alucinante, quien en su texto combina fácilmente las narraciones en las tres personas del singular y nos lleva a reconocer y a apreciar a sociedades que, como la mexicana, reciben como propios a los desvalidos refugiados y se convierten en una nación que con dificultad podría definirse, en muchos casos, como la primera o la segunda patria.

En líneas generales, adaptarse al nuevo terruño y dejar atrás la idiosincrasia, las costumbres y las nostalgias para muchos nunca será una opción, por lo que siempre habrá esa sensación de no ser ni de aquí ni de allá, a diferencia de los niños que llegan con ellos y que sí tienen muchas más oportunidades de adoptar como su nación a aquella que los recibe, apropiándose de su lengua y hábitos, y generando lazos de amistad con sus nuevos congéneres.

No podía faltar, en este ejercicio de memoria sobre el drama de los refugiados en el mundo, la situación de Grecia, retratada con gran sentido crítico por Gabriela Benazar Acosta en «El limbo de los sueños rotos». Benazar nos deja un sabor amargo, el de constatar que, a pesar de las normas internacionales que protegen a quienes huyen de sus territorios por los conflictos, la estigmatización —que nace incluso desde el mismo poder nacional— reduce aún más las posibilidades de sobrevivir con dignidad para estos ciudadanos del mundo, de última categoría.

A su vez, la periodista venezolana Érika González nos transporta, con valentía y gran sensibilidad, hasta la frontera entre Irak y Siria, para permitirnos conocer los testimonios —y sufrir con ellos— de mujeres yazidíes que, víctimas del Estado Islámico, «fueron y continúan siendo vendidas como esclavas sexuales (*sabaya*) por precios que van desde los veinte hasta los

dos mil dólares, en el caso de las vírgenes». Una realidad aterradora la que ha dejado la masacre de los hombres de los poblados y el desprecio de los criminales por ellas. Pero también son las historias de valor y de tesón que les han permitido reponerse y encontrar motivos para vivir.

Tal vez, ejemplos como los de todos estos refugiados, cuyas historias de vida son la demostración de que la mayoría busca simplemente vivir en paz, sirvan para aclimatar posturas que aminoren el rechazo que hoy se respira en el ambiente de este mundo globalizado.

Los hijos del Congo

Por Agustina Grasso

*Cuando los elefantes luchan,
la única que sufre es la hierba.*

ANTIGUO PROVERBIO AFRICANO

Esta historia comienza un domingo, a la hora del desayuno. Los once están sentados a la mesa y en los tres sillones contiguos del angosto comedor, fingiendo que no pasa nada, que es un domingo más. El sol se asoma por el ventanal y le ilumina el oscuro rostro a Martina: una mujer de 38 años, oriunda de la República Democrática del Congo (África), que viste una camisola negra, una pollera larga de varios colores y una peluca castaño oscuro de pelo lacio, que apenas le roza la nuca. Su verdadero pelo es corto y crespo, suave como una lana de acero, pero cuando Martina sale de la casa suele tapárselo con la peluca o con un pañuelo de arabescos naranjas, amarillos y azules.

Su mirada es profunda y achinada. No la decora con maquillaje. Los pómulos son generosos y la nariz tiene forma de cereza. En sus años de estudiante de Psicopedagogía, su cintura fue fina. Ahora su cuerpo de curvas generosas está semivocado sobre la mesa, sirviéndoles dos docenas de cruasanes a sus diez hijos —Silvia, Kevin, los mellizos Carla y Carlos, las mellizas Ana y Anette, Fortunata, Huberto y los mellizos Benedicto y Benedicta— junto con las bebidas.

Comer en la casa de Martina Kyakimwa Kitsa y su marido, Pascal Kamate Kavigha, también del Congo, es como una reunión de cumpleaños constante. Su hija mayor, Silvia, de

dieciséis años, y Carla, de trece, son las únicas que la ayudan. El resto se dedica a ser niños.

—Yo quiero té, mamá —le dice Kevin, el más alto, flaco y mayor de los hermanos varones, en swahili, la lengua africana que hablan en la casa, además del francés.

—Yo, leche —le pide Carlos a su melliza, Carla.

—Yo té, también —indican al tiempo Ana y Anette, de once años, mientras sacuden las extensiones de lana marrón que llevan en el pelo.

—Yo también —dice la coqueta de Fortunata, de siete, mientras se acomoda el vestido negro de seda que le pasa las rodillas. De fondo, se escucha un coro de «y yo, y yo, y yo» del inquieto Huberto, de cinco años, y los hermanos menores, Benedicto y Benedicta.

En otro sillón del comedor, que está frente a los demás, como un espectador, está sentado Pascal. Recién se une a la escena cuando Silvia le sirve agua caliente en una taza de otra época.

Los niños —sobre todo las niñas— se ríen de la peluca de su madre. La más pequeña, Benedicta, con su cuerpo diminuto y cara de muñeca, intenta pararse encima de una de las sillas de caño para alcanzar a Martina, quitarle la falsa cabellera y ponérsela ella. Algunos mechones le tapan los ojos.

Todos ríen.

Al terminar el desayuno, cada niño sabe qué hacer: algunos levantan la mesa y llevan las tazas sucias a la cocina, y otros se van a cambiar a los dormitorios.

Ana, callada, hace sonar a Daddy Yankee en el computador, ubicado en la sala de azulejos celestes, que antes era un baño.

Los más pequeños se van al patio trasero —rodeado de cuerdas con ropa colgada, caniles con conejos, una pileta de plástico y una jaula con una gallina que le cuidan a un vecino— a

reírse de Huberto, que minutos atrás se había quitado toda la ropa: corre desnudo por el patio.

Mientras tanto, su hermana menor, Benedicta, se cubre la cabeza con una caja de cartón y se convierte en fantasma.

—Buuu, buuu —les dice a sus hermanos.

Hasta que Martina les grita a todos que se apuren y a Huberto que se vista, que faltan pocos minutos para las once de la mañana, ese horario en el que asisten religiosamente a misa cada domingo. Todos le hacen caso. Empiezan a salir del hogar de fachada amarilla y techo de tejas, y caminan unas pocas cuerdas hasta la iglesia.

Pascal y su familia corren peligro. Varias veces han recibido llamados al teléfono de la casa de parte de hombres que se hacían pasar por amigos suyos, preguntando por él. Los niños saben que si alguien solicita a su padre, tienen que decir que es número equivocado.

A la salida de la misa, Pascal, con su camisa blanca, dobla en la esquina de la calle de la avenida de la Misión al 100. El barrio es de construcciones bajas, muchas de madera, de la localidad de Hibi, en la ciudad de Goma, capital de Kivu del Norte, en la República Democrática del Congo.

Ve que en la puerta de la casa hay dos hombres esperándolo. Se adelanta y les pregunta qué está sucediendo.

—Cuídate, Pascal. Conocen todos tus movimientos.

—¿Quiénes?

—Tienes suerte. Nosotros sabemos que sos una buena persona, que ayudas a la gente y no te queremos matar, pero hay otras personas, esta noche, que van a venir a tu casa. Cuidado, esta noche es tu último día.

Dominado por el miedo, Pascal decide avisarle a la policía, y esa noche todos en la familia, incluida Martina, duermen en casas separadas.

Durante la madrugada, cinco hombres traspasan las altas rejas negras del angosto jardín de la casa de Pascal. Lo hacen de manera sigilosa, evitando el crujir de las hojas y las piedras volcánicas que pisan. La policía, oculta detrás de los arbustos de un vecino, ve la escena. Cuando observan que estos individuos intentan forzar la puerta blanca de madera, empiezan a disparar.

Todos salen corriendo, menos uno que queda tirado en el suelo. Los oficiales se le acercan. Sus signos dejaron de ser vitales. Le revisan los bolsillos y encuentran una foto carnet de un hombre de piel color chocolate, frente ancha, pelo crespo cortado al ras, ojos oscuros, bigote fino y camisa blanca. Es Pascal.

Inmediatamente, lo llaman.

—¿Vos tenés problemas en el trabajo, Pascal?

—No.

—¿Conocés a una persona que se llama Bachi?

—Sí, la conozco. Trabaja conmigo.

—Ah... Bueno, esta persona trabaja con la milicia, ha dado tu dirección, tu foto, y fue la que te estuvo llamando por teléfono.

Sin dudar más, aunque el miedo y el desconcierto lo acompañan, Pascal decide dejar el centro del continente africano para irse hasta Butembo, trescientos kilómetros al norte, donde viven sus padres y abuelos.

Mientras tanto, Martina se queda en la casa con sus hijos. Ella insiste en que sigan con su agenda habitual —cada día de la semana, la cena está a cargo de un hijo distinto— y que continúen yendo al colegio y al jardín, que tanto esfuerzo le demandan: en África, la educación y la salud son privados.

Por la tarde, cuando están todos en la casa, hay algunas risas, pero también temor.

Cuando el alma no está tranquila, se nota por todo el cuerpo, especialmente a la hora de la oscuridad.

Desde las seis de la tarde hasta las ocho de la noche, la Sociedad Nacional de Electricidad corta el suministro de energía en todo el Congo, un servicio al que solo el 16 % de la población tiene acceso.

En este contexto, la familia de Martina y Pascal es afortunada, pues para los momentos del «encendido-apagado» cuentan con una lámpara de querosén. Sin embargo, Martina no tolera que el gobierno tenga complicidades con las milicias.

En los momentos de oscuridad, los delincuentes se aprovechan y asaltan a la gente. Es muy difícil identificar a una persona enmascarada. Entran a las casas y gritan que todos al piso. Primero piden que pongan los celulares en la mesa, para que nadie llame a la policía, les sacan los chips y los tiran. Otros, se quedan en la puerta para controlar que nadie entre ni salga. A partir de las ocho y media o nueve, cuando vuelve la luz, empiezan las noticias en la tele sobre los lugares donde entraron a robar y mataron gente.

* * *

¿Qué pasa en el Congo?

La República Democrática del Congo es una de las locaciones de esas películas donde Leonardo Di Caprio, procedente de algún país del primer mundo, lucha por apropiarse de las riquezas naturales africanas, como los minerales —allí está el 80 % de las reservas del coltán, conocido como oro gris, que permite que los teléfonos celulares de todo el planeta funcionen—, y desata una ola de conflictos locales e internacionales. La única diferencia es que esto no es ficción.

Hace veinticinco años que en esta parte del país, en el este del Congo, hay problemas de guerra: hay guerra civil, guerra política, guerra mineral.

Las milicias transformaron el lugar en un infierno.

Las más de quinientas tribus que hay en el Congo tienen sus propios grupos armados, con el fin de controlar la riqueza natural, pero sobre todo de dominar las zonas donde están las minas de coltán. A este escenario hay que sumarle los poderes gubernamentales que, con el objetivo de instaurar la paz, establecen lazos políticos y económicos con estos grupos.

Martina es una mujer que cuando habla multiplica sus 38 años: parece una de esas ancianas sabias que aprendieron de su vida lo suficiente para transmitir ahora la experiencia en forma de leyendas o fábulas.

En el Congo, el pueblo no tiene derecho. Cuando los elefantes se pelean, son las yerbas las que sufren; cuando la población sufre, no sabemos bien qué sucede. Pero los gobiernos sí. Ante eso, a nosotros solo nos queda defendernos.

* * *

Martina conoció a Pascal en Goma. Ella estudiaba Psicopedagogía y él era trabajador social. Se llevan diez años. A los veintiuno de ella se casaron, como lo hacen la gran mayoría de las parejas africanas: la familia del novio paga a la de la novia entre 3.000 y 5.000 dólares, y celebran una ceremonia religiosa —ellos son católicos protestantes— con muchos familiares; menos la madre de ella, que al vivir lejos, no pudo asistir y recién vio a su hija, tiempo después, con el vestido blanco, el tul sobre la cabeza y un collar de flores fucsias naturales en una fotografía.

Por el trabajo de Pascal, decidieron quedarse a vivir en Goma. Él integra la Federación Luterana Mundial. Allí se ocupa de brindar asistencia a los miles de desplazados internos que hay en África. Es que la ciudad tiene una posición estratégica: está justo en la frontera con Ruanda, donde fue el genocidio en 1994